



www.loqueleo.com/ec

© 2012, Verónica Coello Game

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-637-8

Derechos de autor: 044381

Depósito legal: 005149

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2012

Primera edición en Loquele Ecuador: Marzo 2017

Décima primera impresión en Santillana Ecuador: Mayo 2018

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Tito Martínez

Actividades: Marlon López y Gabriela Tamariz

Edición y corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Carlos García

Supervisión editorial: Angélica Peñafiel

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



loqueleog



*Para Claudia y Carlitos,
mis terrícolas favoritos.*



¡El clima está loco!.....	11
El importante amigo de papá.....	19
El trabajo de investigación.....	29
¡Una noticia bomba!.....	35
El famoso <i>e-mail</i>	43
Por arte de magia.....	61
Seremos los primeros.....	69
El viaje.....	87
Infinito 9.....	103
La escuela espacial.....	115
Nila y el mundial.....	127
¿Adaptándonos?	137
Los clones.....	141
¿Regresaremos algún día?.....	147
Biografía.....	155
Cuaderno de actividades.....	157

¡El clima está loco!



Eran las seis y media de la mañana de un caluroso lunes de fines de abril. Me disponía a levantarme y alistarme para ir al colegio. Hasta se puede decir que intenté incorporarme, pero me venció el sueño y me tumbé otra vez sobre la cama. No sabía qué me sucedía, pero me bastó con cerrar los ojos por un instante para volver al lugar de los sueños... De repente, mi mamá llegó para despertarme del todo:

—¡Hijo, ya es tarde y aún no te vestiste! Ya está listo el desayuno. No te demores que tu papá te llevará esta semana.

Y diciéndome esto, me dio el usual beso mañanero que me reconfortó a pesar de mi resistencia a sus continuas muestras de cariño, ya que soy un niño en vías de desarrollo y no estoy para esos juegos, pero, para mi sorpresa, ese sonido armónico me dio las fuerzas suficientes para levantarme.

Ya vestido y más despierto, bajé las escaleras esquivando al gato que también andaba decaído.

Rocé su lomo con mi pierna y sentí su pelaje más caliente de lo usual. Me asusté, pero, como se despe- rezó al instante, estirando las patas y mostrando las uñas, no le presté mayor atención. Además, bajó detrás de mí para que le sirviera su desayuno (bolas de comprimido de pescado y leche, la cual siempre se me derrama en el mesón de la cocina).

12 Noté que alguien había abierto todas las ventan- as de la casa, aunque no corría ni gota de viento. Comencé a sudar, pero no me sorprendió, pues con ese asunto del calentamiento global, no era raro que nos estuviéramos ahogando de calor y que nos sintiéramos como la salchicha con revoltillo que se freía en la sartén. Así es que no quedaba más que aclimatarse, además de poner un granito de arena para ayudar en lo que se pudiera: reciclando (tal como lo repiten en los diarios y en mi escuela); gas- tando menos agua (por lo menos en mi caso, porque debo reconocer que me gusta bañarme por horas, así siento que me sale toda la mugre); y ahorrando elec- tricidad. Pero por el calor que hacía esa mañana, pa- recía que lo que estábamos haciendo para mejorar el clima no era suficiente.

Me senté en la silla del comedor y sobre el salero encontré un papel roto que tenía escrito:

«Para quien está afligido, todos los días son malos; para quien está contento, son una fiesta constante».
Anónimo

Me reí pensando que quién más que mi mamá para tomarse ese trabajo diario de dejar notas por toda la casa tratando de enseñarme a ser más positi- vo y alegrarme el día. En eso, entró papá a la cocina y, después del saludo de buenos días, me dijo lo que yo había estado pensando:

13



—¿No te parece que hace un calor espantoso? ¡Y eso que recién empieza la mañana! Deberían hacer algo de inmediato, porque si no la cosa se va a poner bien fea...

—¿A qué te referes? ¿Quiénes?

Se notaba que todavía seguía medio dormido, porque, ni bien terminé de preguntarle, me contestó:

14

—¡Ay, hijo! Pues los Gobiernos de todo el mundo, Greenpeace...

Mi papá empezó a nombrar organizaciones internacionales, mientras yo me arrepentía de haberlo entusiasmado. Y no es que no me interesara el tema. Yo estaba convencido de que, si no se tomaban las acciones necesarias para salvar al planeta Tierra, lo lamentaríamos después (recién había visto un documental increíble en la tele y estaba al día con la información ecológica).

Por último, papá hasta me dijo que deberíamos llamar a Superman para que con su mirada de rayos X derritiera todo el dióxido de carbono que se encontraba suspendido en la atmósfera, especialmente



sobre China. Yo lo escuchaba convencido de que el calor lo tenía un poco ofuscado.

Bueno, en todo caso tuve la suerte de que me acompañara hasta la escuela, porque cuando él me lleva siempre me da dinero extra para mi *lunch*. Así puedo comprar mis chicles favoritos doble bomba, sabor de uva, que traen de regalo unos tatuajes de insectos que me encantan, porque me los pego en el cuello y les hago creer a mis amigos que unos animales asquerosos y raros se me han subido hasta la nuca. Siempre caen, especialmente cuando les pido a gritos que me los quiten de encima porque me están comiendo vivo. Otras veces gana el antojo y ahorro el dinero para comprarme una rica hamburguesa el día viernes.

Mis compañeros también notaron que el calor había aumentado en los últimos días, y el que estaba contento era don Jacinto, el dueño del bar de la escuela, porque el consumo de bebidas era más frecuente. Se vendía cualquier tipo de líquido: jugos, batidos, colas, bebidas hidratantes y helados, pero todos estábamos de acuerdo en que nada quitaba mejor la sed que el agua, aunque unos aprovechaban para tirársela encima como en época de carnaval, y otros, más sedientos, debían visitar el baño varias veces al día.

Cuando regresé a casa, me dolía un poco la cabeza. No sabía si era por el sol canicular o porque me

15

había contagiado de gripe, ya que algunos compañeros se habían enfermado por pasar la mayor parte de la mañana empapados, con el sudor chorreándoles por la frente, por las orejas, hasta por los brazos, para luego tener que entrar en salas aclimatadas, por el aire acondicionado, como para los pingüinos.

En resumen, no fue un buen día, y cuando mamá me preguntó:

—¿Cómo te fue hoy? ¿Qué deberes tienes?

No me quedó más remedio que contestarle:

—Más o menos.

Y en ese instante recordé que tenía un deber de investigación en grupo sobre el Día de la Tierra, lo que significaba: investigar, resumir, imprimir, recortar, pegar fotos en cartulina, llenarme los dedos de goma, colorear y sortear los contenidos con mis otros compañeros de grupo para saber qué tema me tocaría exponer frente a la clase y al profesor Espinoza que, para remate, era el más estricto de todos. Ya me imaginaba con las manos frías, balbuceando en la exposición frente a todos mis compañeros, mientras estos me hacían muecas y bromas. Así que debía tomar todas las precauciones.

—¿Te sucedió algo en la escuela? —preguntó mamá, preocupada al verme la cara de tragedia.

—No es nada, solo tengo dolor de cabeza y mucho trabajo.

Como era de esperarse, mamá me dio un remedio casero eficaz que en un dos por tres acabó con mi dolor y me alisté para mis clases de tenis.

Ya estaba en la cancha, calentando con Martín y otros compañeros, cuando de repente se nubló totalmente el cielo y comenzó a llover tan fuerte que las gotas de lluvia parecían balas. Estábamos felices chapoteando bajo la lluvia pero el profesor nos aconsejó que nos ubicáramos bajo techo porque podíamos resbalarnos y sufrir algún accidente.

—¡Carlos, Carlos! —me gritó alguien desde lejos.

Era Martín, que ya se había acomodado en el graderío. Mientras esperábamos a que pasara la lluvia, me comentó:

—¡Este clima sí que está loco! Oye, tengo cartas en mi mochila. ¿Quieres jugar Vete a pescar?

—¡Por supuesto! —le contesté, y demostré que era un máster en pescar las cartas de otro.

Aunque esa tarde, al parecer, no solo gané una partida de cartas sino también un resfriado, porque pronto empecé a estornudar y a sentir que me ardía la garganta.



El importante amigo de papá

Muestra
Promocional
**Prohibida
su venta**

© Santillana

19

En la noche, después de darme un baño caliente, tomé otro jarabe, malísimo de sabor, por cierto, pero que me alivió los síntomas del resfriado. Encontré a papá sentado frente al monitor de nuestra computadora, navegando en Internet.

—¿Qué buscas? —le pregunté con curiosidad, porque lo vi muy intrigado.

—¿Te acuerdas de mi amigo científico? ¿El que fue mi compañero en algunas clases de la maestría?

—No mucho.

—¡Ah, era de esperarse! Es que tú todavía eras un chiquillo en esa época, por eso es que no lo recuerdas. Sus descubrimientos han sido publicados incluso en revistas internacionales y ha ganado prestigiosos premios. No lo he visto desde hace algún tiempo porque ahora él es un personaje muy ocupado y viaja bastante seguido, pero nos enviamos *e-mails* frecuentemente. Imagínate que me escribió para contarme que está en Chile y que con su

equipo de científicos y astrónomos han descubierto en otra galaxia un planeta más grande que la Tierra, que, posiblemente, y esto es lo increíble de su investigación, ¡puede ser habitable!

—¿De verdad? —lo interrumpí muy sorprendido.

—Sí, mira, ya encontré la página web que me recomendó que buscara para leer más a fondo sobre su descubrimiento. Aquí dice que, con seguridad, las futuras misiones espaciales viajarán hasta ese planeta en busca de vida extraterrestre, así como lo hicieron con Marte. ¿No te parece increíble? Este es un gran avance científico. ¡Ahora sí de seguro que ganará el premio Nobel! Le escribiré para felicitarlo —continuó papá.

Dejé por un momento a mi papá solo con su novedad porque ya me sonaban las tripas. Entré a la cocina para prepararme algo de comer y... ¡gran sorpresa! Ahí estaban Claudia, mi hermana mayor, y su grupo de estudio de tesis de grado comiendo pizza. Entonces, aproveché que estaban en gran conversa y, sin que me vieran, agarré dos pedazos de pizza de jamón y queso. Corrí a esconderme detrás del refrigerador. Luego me reí a solas por mi fechoría y, mientras disfrutaba de ese manjar que tenía en mis manos, me di cuenta de que mi hermana y sus amigos discutían muy intensamente

